

Juan Antonio Massone

Juntémonos ahora



© Juan Antonio Massone, 2012
Registro de Propiedad Intelectual
Todos los derechos reservados
Inscripción N° : 218599
Santiago - Chile
Editado por Escritores.cl
Impreso en Chile

“Me reconozco en muchos hábitos,
pero siempre he vivido más lejos.”

J.A.M.

I

“Nada es mejor para el alma que hacer a otra alma menos triste”

Paul Verlaine

Juntémonos ahora

En buena hora, el poema te da la bienvenida.
Sin allegar premura, te recibe y queda disponible
como quien espera muy dentro el regocijo
a que una calle regrese aquellos únicos pasos
que saben regalar un anticipo de la dicha.
En este poema—acaso lo quieras hacer tuyo—
recala un instante que tomó mucho tiempo
para merecer tus ojos.

Dedicatorias

A este momento que tal vez me depare
una incomprensible plenitud;
a los libros en cuyas páginas existen
pálpitos de silencios y anchas voces;
a las calles de Ñuñoa tan conocedoras de mí
como yo de ellas al adivinarlas de reojo;
a las canciones que reaniman vestigios
de fervor convertido ahora en recuerdo;
a las palabras dispuestas a defender
y a reanimar sentidas dignidades;
a quienes son nombres con alguien dentro,
concedores de solitarias aflicciones;
al tono sugestivo de una voz parecida
a la luna feliz vista con alguien;
a los primeros brotes del aroma
y a la memoria de una mujer que despertara
en mí la anticipación del paraíso;
a las esperas que tanto desesperan
e igualmente a una amarilla loma en la sombra;
a quien en cuya vida somos razón de ser
y a los instantes de inmoderados propósitos;
al gozo de niños queridos y a los otros,
abandonados por la traición del ego;
a la nieve en los cerros, a los árboles,
baluartes en hacer queribles los caminos;
a los kilómetros de ruta que faltan
y al fugaz recado en el reloj de arena;
al momento del espanto, a la impotencia,
cuando brota sufrimiento en las corolas
y se acalla lo temible en una frágil sonrisa;
a la confianza de un paso vacilante;
al renovado adiós y al azul más verde del blanco;
a quien la desilusión dejara bizco el día
y a cuanto sabe aplacarse hasta la ceniza
para renacer albeado en el día de su muerte;
al incurable amor que, a trazos de pasión
y a vislumbres de esperanza, cunde
por los siglos hasta que Tú lo digas;
a la poesía por ser la única lengua
en que podría decirte quién eres en mí;
a la impostergable tarea de ser en estos ojos
para un día saber que hacia Ti la hacía.
A quien olvido sin querer en esta línea
mientras los labios repiten un nombre
y desliza la mañana un recado al despertar.

A este poema llega el tiempo.

A Eugenio Mimica

No creo deberle a una baranda
la puesta del sol ni el incesante mar.
Aquella voz en la que me echo
de menos con una frecuencia
que sólo las sienes conocen, sale airosa;
surte a los días de generoso verde
y no recalca en la noche. Me digo
con sencillez que no estaré apenado.
Por fortuna soy pobre y me deslizo
en el poema en donde soy agua
que a sorbos bebe el tiempo.

Disyuntivas

A Edgardo Alarcón

¿Abandonar el día cuando clarea el Oriente
o dejar a la sombra esparcir su costumbre?

¿De toda experiencia aceptar lo fugitivo
o en algún rincón proclamar un cielo entero?

¿Pretender un gracioso colibrí del instante
o esperar hasta el fin que regresen unos pasos?

¿En imaginados paraísos esperar por la dicha
o acercar los labios a una taza de lumbre?

¿Viajar a los extremos de un mapamundi
o en un punto quedar sin dar un soplo?

A veces soy peldaño, aldaba, breve cielo,
una pregunta, tiempo en fuga, silencio.

Urgencia

Escucha:
es cuanto pido de ti,
aunque no sea yo
quien ofrezca palabras
últimas, precisamente
de las que importan
de verdad,
ya que todas las demás,
empezando por éstas,
merecen por destino
la fosa común.

Uno solo, solamente

A Osvaldo Maya

Tantas veces se escribe un poema,
uno solo, solamente,
desde otra edad cuando se olvidan
las malas intenciones de la muerte.
¿Agrega esto alguna duda al sol
o los enrojecidos muelles
deberían disculparse de estar allí
como un poema solo, solamente?

Se escribe un poema muchas veces
sin abdicar de la esperanza
en otra mirada de la edad,
(acaso la que llevas puesta ahora),
cuando el sol quiere pensar
a un niño acariciando un durazno,
o alentar enrojecidos muelles en el poema
que es uno solo, solamente.

Memoria de campanas

Para Alfredo Matus O.

No deseo acostumbrarme a lo que escribo.
Lo que ha de ser que llegue con temprana
puntualidad de día señalado, sin más conjeturas.

Maduran las palabras como un pintarse
de limones y gana la partida una ciudad
inaudible, o alguna nube llueve mensajes
como si las horas regresaran
al acaso que resta por decir
a esta costumbre de sentirse vivo
como ojos en memoria de campanas.

Los otros

A Estela Socías

Los otros tienen las palabras
que en mí faltan. Acaba de suicidarse
una ocurrencia. ¿Para qué replicar
un rostro sobre el vacío? Las palabras
asisten a los demás; quedo mirándolas
pasar hacia el blanco del instante.

Pero uno es realidad que se extraña
y está bien consultar los latidos
de la piedad o del amor. Queda dicho
cuán raro es hablar a solas, respondiendo
que no está lo que acaba de suceder. Ahora,
mírame: pertenezco al mismo sitio del anhelo.

Mientras amanece

Amanece. En un momento así
cabe únicamente mantenerse alerta,
sin buscar razones ni conjeturas
que agregar a un rostro que se aleja.
Sólo quien lucubra mientras suelta
la mano de lo vivo, cree alcanzar
versiones completamente satisfechas.
Pero el poema es un momento
de compartir algún hecho sencillo.
El amanecer es sólo un caso posible,
y a ése tampoco se le piden
ni pueden darse más explicaciones.

A expensas nuestras

Se vale de uno la poesía;
estampa su sintaxis de h
o
r
a
s
arrancadas, por un instante,
a los hechos consumados.

Oír la voz

A Benedicto González

¿Cuándo el primer albor de estas palabras?
De un detalle olvidable no crece compañía.
En caso de empecinarme esta pregunta,
no te des por aludido. Después de todo,
motivo de sentir no hallarás en este afán
de una modesta y distraída serenidad.

De tanto en tanto, uno desanda calles del sueño
y cree acercar amaneceres a un alma sencilla.

No demores tu afán en esta identidad reclusa;
ella sólo quiere preguntar y oír la voz.
Adelante. Lo mismo nos sucede. No excederán
los días el número de nuestras noches.

Lo ilusorio

A Silviana Riqueros

Aun cuando la penumbra no permaneciera,
que no te gane la ilusión de legar
algún perfil bien delineado y perdurable.
Mantén presente la fuga de los tonos,
o los colores que ensayan pestañeo
cuando dos juntan sus manos
y musitan las hojas un calor
arrodillado en la sombra.
¡Para qué empecinar el pecho
en el baldío terreno de una página!
No seas ingenuo. No dejarás nunca
alguna huella donde no avance el desierto.
Lo ilusorio amanece en retratos más sepias.
¿Has visto cuánto permanece el mundo
en un ala de abejorro? Si lo sabe tu mirada
significa dar por sentado que te mueres.
¿Y el amor? Un gesto puede congelarlo.

Al improbable lector

Nadie más vendrá en esta hora.
Háblame de ti.

Nada mejor que esta hora.
Dime qué es ser tú.

Nunca más íntima una hora.
Llévame contigo.

II

“Todo poema es un pacto de paz
entre los hombres”.

Jaime Torres Bodet

Sobre Gaza el cielo ensangrentado

Ya es noche. Ladran los perros
a la luna del miedo. Apenas trine el alba
comenzará el día que más deseo vivir:
el momento cuando esté contigo.
Entonces volverá a su guarida
la tiniebla y los perros del miedo
dejarán quieta la sombra de la luna.

Pero no podrá ser. Ni las estrellas
llueven, ni es posible a los niños
amanecer sus rostros. ¿Quién
les mutila las jornadas nonatas
de sus madres, de sus casas,
de la estatura completa en la voz?
Oh, bandadas de la muerte
que matáis a los profetas
y a las germinaciones amadas
por el cielo. El mismo Señor,
el Único, el Viviente, el Ojo del Corazón
creó la noche y el alba, puso
el pie donde vosotros legáis
vergonzantes fumarolas
y aniquilados días de los hombres.

¿En vano hablaron Ezequiel y el iracundo
Isaías? ¿Tampoco aprenden de los hornos
y el terror, de los números tatuados,
de la iniquidad de quienes azuzaban
el gas, el hambre, la burla alevosa?

El hoy vuestro es destrozar la voz
del alba con puñetazos de espanto.
De nada parecen servir las generaciones
y los profetas asesinados, o el degüello
de los niños, y la cisterna enamorada
de una luna que desoye la esperanza.
En casi nada dejan las jornadas,
en casi nada si no hubiera tanta muerte.
Quieren poner aldabas a la aurora
y arrogarse una victoria espuria.

Tiene miedo la luna y miedo los perros
que ladran a la sombra de la noche.
Por ahora sólo queda por saber
si continuará la condena para el Hijo del Hombre.

Escribe Tú la página

La página está en blanco, por ahora,
y ya no puedes desoír cómo se destripa la historia.

El tercer verso quisiera untarse en el alba
de ese tercer día cuando murió la muerte.

Pero las jornadas con sus noches sobre Gaza
dejan miradas fijas, manos sin regreso.

La página queda salpicada de alaridos, desde ahora,
y si calláremos, hasta las piedras gritarían.

Atolondran cuervos encima de clamores;
y el "no matarás" se queda exánime y amargo.

Podrá disponerse otra vez una página en blanco,
menos la mirada inerte y el regreso mudo de las manos.

¿Qué puedo decirte, Yahvé, que tú no sepas?
¿Quién confesará tu nombre, Alá de la misericordia?
Padre, escribe Tú la página en un blanco sin muerte.

Te esperan

Más allá de una piedra que habla hueca,
alguien existe para bien tuyo. (Quiere ser
esta palabra un acorde a la orilla de tus ojos).
Escucha al abejorro venido de su última
incursión en donde precipitara la belleza.
Deja hablar la reticencia cordial
del silencio, aquel espacio en donde
la esperanza es más cierta que la voz,
porque la tarde ha sido siempre fugaz
para deshilarla en un alma de fundados
secretos, como alguien que abre fuego
desde los poemas, pero en un desierto,
y, a pesar de todo, más convencido de llevar
consuelo a una mujer. (¿Han oído bien tus ojos?).
También refulge el sitio donde un niño
pensó ser feliz, sintiéndose tan ajeno
a la matanza de hombres y al desprecio
helado de las informaciones, aunque eso
no pertenezca a una piedra ni a tu nombre.

Ahora y en la hora

Escúchame bien: también ignoro qué es poesía
mientras abruman los espacios de tanto penar.
He pedido auxilio cuando es de noche
y La Unión de los Estados cree deslumbrar,
aunque ignora la urgencia de decir: basta.
Quema la lengua y en estruendo de ocaso
la paz no tiene dónde recostar la cabeza;
entonces si miro el mundo y sobre mí
espero noticias de aromas primaverales
o de compungidas hojas amarillas,
¿quién recibirá un gesto inagotable?

Dicen que el progreso está a la orden del día:
endebles sombras hinchadas por el hambre.
Dicen que las bombas que se llevan rostros
de niños y de madres de niños, y de abuelos
de quienes fueran niños será pronto una oferta
en los supermercados y en las tiendas exclusivas.
Dicen que estuvo demás la Cruz, porque los aviones
son más rápidos que todo mensaje de mano abierta,
de corazón puesto en el pecho y latencia en la mirada.

A esta hora, las metralas emboscan la noche
en el Medio Oriente y la ceniza llueve más grana.
Todo clama despertar al día en un abrazo,
porque Bagdad es una hoguera y la muerte
echa sus cartas a la orilla del Eúfrates.
Queda tan lejos la niñez en el África;
muy pronta la mosca, los flácidos senos,
quemados alientos de miradas sin nacer.
¿Dirán, también, que la paz se pone negra
a propósito? Las alianzas estratégicas no quieren
a las magnolias ni de la abierta lágrima
podrían enterarse un momento siquiera.

Hablo a solas en el aire rancio de la ciudad.
Nada tengo que ver con expertos ni con famosos
heraldos de la nada. Me digo que alguien debe saber
de viejos armarios en una casa del Asia ilimitada.
Me repito palabras a deshora y una música
que Mozart no pudo escuchar en el viento,
ni en el amarillo aroma de un barandal de limones.

Lo malo de las palabras es que las sombras
no quedan en paz. La escasa paciencia del tiempo
desata palomas escondidas en el pecho.

Por si quisieren saberlo, durante mucho,
mucho tiempo, de mí no saldrá una sola palabra
complacida en potestades ni dominaciones.

No celebraré estadísticas, ni la pestilente usura,
ni los fuegos de artificios, ni risas de calaveras.
Para éstos no vivieron tantos siglos ni el instante.
Para esos escombros secos no nació verde el aire.
Se cumplirá la hora de aceptar su Presencia
y sabremos recordar cuando esté por amanecer.
Si no gustan de aceptarlo los poderes, confiaré
a la espuma del sol un acuerdo de pan y de sonrisa,
porque al recostar el oído en su Pecho,
se presiente el palpito del mar.

Así es el mundo, mi Dios, y la ceniza recuerda
al trepidante Occidente. Pronto animará el alba.
Me niego a que la paz sea una verdad a medias,
según la ración de intemperie dedicada a los muertos.
¡Cuánta demora nos lleva soltar una sílaba
de tiempo donde el día y el canto sean posibles!

Pero es siempre la hora de nuestra hora:
La tuya, la nuestra, la del león junto al cordero.
Sea contigo la paz.

Racimo de las horas

A Gilberto Sánchez

Ahora miremos las cosas sucedidas
y las otras que gobiernan el espanto.
Consideremos la punzante obsesión
de quienes se injurian dando muerte.

Y pues la desgracia no habita lejos,
asegúrame que contaré contigo
si un día de éstos me desgranan
del tornasol racimo de las horas.

Después de todo

No abrume demasiado aprender de la sombra
ni beber en dedal de incertidumbre.
A veces, lo dicho y lo pensado quedan lejos,
a expensas de una semilla que deberá
esperar un lugar en el tal vez.

(No podría dormir sin decírtelo).

Sabe vivir en los ojos del sueño
quien no teme la tiniebla
de labios secos por el hambre
ni la orfandad que dejan los aviones.

Después viviremos una condición distinta,
de poco a poco y de nada más.
Despertar la aceptación de los ojos:
he ahí un destino. Saber que la palabra
última es vida: libertad sin mengua.

En cuanto se despeje

Ahora es preciso no desanimarse.
Podrá una rebanada de luz pasar por alto
un mediodía sin asociar tu nombre
al momento que anticipa desencanto.
Te dejo el encargo de una rogativa.
Este tiempo no sabe adónde acudir ni cobijarse.

Empieza por conocer la noche del planeta
y no te importe demasiado el abandono.
En cuanto se despeje hablará el cielo,
donde no queden niños esparcidos
mirando un mundo que no quiere verlos.

Quién sabe si los árboles nos soportan con ternura,
pero están allí, y les habla la mitad soñada
de quien soy; la otra debe conformarse a tu mirar
que a mí no se dirige, aun cuando
arrecia la historia con noticias siniestras.

Descanse en paz

Una bomba arrojada por desconocidos
mutiló a cien transeúntes;
uno a uno los expulsó de este mundo,
porque la infancia tan adversa, usted sabe,
el impulso irrefrenable del complejo de Edipo,
tal como dijera el memorable Sigmund Freud.

Durante meses de conversaciones
la mesa de los debates
se ha cubierto de cenizas;
y aquí no ha pasado nada.

Las funestas cifras de cesantes
no saben a quién dirigir la mirada
ni taparle la boca a su aflicción.
Las cuentas del banco siguen óptimas.
Bienvenida el hambre, desde hoy en línea.

Se aprecia una tendencia al alza
de papeles con demasiadas palabras
y complacidas pestilencias.
No se aflija: la corrupción y los tráficos
son caídas libres. ¡Viva la libertad!

(Espérenos un momento,
ya volveremos con más incidentes
de la inventiva humana.
No se vaya: nuestros consejos
le ayudarán a vivir mejor;
son entusiastamente comerciales).

Regresamos con uno de nuestros móviles.
Recientes aventuras de temporada:
ha estornudado la soberana semanal,
otra beldad extravió su calzón preferido;
además, oportunidades al por mayor;
no deje de participar en el nuevo concurso:
hay rebajas para quien cambie de sexo;
el más grande futbolista ha declarado:
"No se nos dieron las cosas".

Puede usted, a contar de hoy,
disponer de tarjetas, de celular,
de internet, de cajas de seguridad,
de crédito, de facilidades de pago,
si desea ser un muerto entretenido.
Olvídese de todo; déle el bajo a los problemas.
Muy pronto la selva Amazónica será poblada:
¿le interesa adquirir alguna parcelita?

Siguen cayendo las bombas;
varios misiles en espera,
conferencias en las cumbres,
novedoso aluvión de muertos.
¡Vendedores de ataúdes, uníos!
La guerra parece de película,
lo dice hoy la reciente encuesta.

No soportan disidencias
los cancerberos de la felicidad social.
El diputado acusa al senador
de mirar hacia otro lado
mientras cruzaba la calle.
¡Urge contar con una comisión ad hoc!

Continuará dando que hablar el mundo.
El vacío hace gárgaras de vacío.
Osama muere otra vez en la pantalla
y el Imperio avisa de la próxima guerra.
Vista camisas con el ratón Mickey en el pecho
y sea feliz a tres meses plazo.
Ya viene el estado del tiempo.
Hasta mañana.

Descanse en paz.

No debe callarse

Al mundo le basta ser mundo
y enrojece una sombra de queltehue
mientras hablan las hojas del estío.
Aún así, es urgente saber de quien
calló sin aviso debajo de un álamo
o en el fondo de una noria calcinada
fue obligado a yacer habiendo vida.
Sus ausencias nos quedaron mirando.
Esto no debe callarse entre los hombres.

Supimos que en un patio sin orejas
fue volcado el horror de lo indecible.
Pero al mundo le basta con ser mundo
en las horas victoriosas de la muerte.
Sólo en paz merecemos un estambre
o una mirada de piedra y de sonrisa.

Para vivir tampoco basta el mundo.



A mi madre que escucha
más allá de las cenizas.

Anuncios

Un tiempo ha de irse muy pronto.
Esta noche retiene de los vestidos
a la madre que se despide de las horas.

Lo no querido se empeña en recordar
una mano cogida del barandal de antiguas
fotografías donde perdura la sonrisa.

Estaré mirando lo vivido en el agua
y dormiré; confiado dormiré para soñarme
niño en la voz de sus preguntas,
y el ángel de la guarda volveré a repetir
en el adiós de todas las ventanas.

Lo que a ti

Nos vamos, te vas, empiezas
a alejarte en una pregunta tal vez,
bajo la sospecha de un porque sí
en las sienes que están plateadas
como el tango "Volver" que no regresa.

No digo que conmigo deba hacerse
una excepción. Me pasa lo que a ti.

Tan vivo aquí

y

me

estoy

muriendo.

A la vera de tu silencio

Si algo quieres saber ti;
si algún motivo te es necesario
conocer, pregúntalo a la infancia.
Con el primer rumor que anocheció
una calle y pusiera cara de asombro
la pequeñez errante, haz tu retrato.
Acepta conversar con tu reloj en marcha;
y recuerda, recuerda cuando oíste
de labios de tu madre el primer rezo,
la confiada entrega de cada jornada
a las memorias de tu origen.
Aún no digas adiós al regresar
de aquellos días, porque revives
un largo ritual de vaticinios.

Si algo quieres saber de ti,
te lo dirá el retrato presentido
de cuando debiste llorar a solas
y amaneció una caricia inesperada
en ese modo de ser tan tuyo
al frente de tu rostro y del eco
donde creciera aquel futuro
que también se marcha contigo.

Consiento en tu morir

Ya no debía dedicarse a encender
la ventana con nuevas esperas.
Nada más para ese tiempo ansioso
cuando ningún cielo era bastante
en los dedos ni sabía contener
el compás del no sé qué jamás dicho.
En cuanto supo del tiempo perentorio
y la dicha, cosa de momentos, aceptó la lejanía,
el tal vez, la ocasión pequeña de un recuerdo,
permaneció el encargo de vivir hasta el final.

Después de todo, no por mucho más estaré aquí,
terminó por decir,

mundo
del
iba
se
mientras

Recién es todavía

Algunas sencillas palabras
hacen bien a la tristeza,
aun cuando uno sepa que el día
no esparcirá nuevas semillas
en casa del quebranto.

Estridentes voces callejeras
alteran el habla de las manos recogidas
en torno de tu silencio alejándose.

Hoy es 1 de noviembre
y en el aire un aroma de campanas
mece el silencio de las cenizas
debajo de un cielo que algún día,
por fin en ese día,
 cerrará
 las puertas
 del adiós.

Pasos de cenizas en el mar

En cuanto supe que para tus cenizas
deseabas todo un océano sin orillas
donde batir entre ola y ola la pena
de tantos recuerdos y de otros muchos
nombres que no pudieron recordarse,
dispuse me tatuaran en el pecho
las horas que vendrían—y vinieron
las horas—largas, sofocantes, rebeldes,
mejor dispuestas al fin, con trémulas
memorias y el amparo presentido.
Hube de empezar una despedida
de las que más se temen y, al fin,
más se imploran. Mientras, te sumías
en decaído vigor y en desgranadas
horas de mirar el epitafio del tiempo.

¿Cómo mejor recordarte sino en alguna
bordadura de sonrisa más justa
que toda adversidad?

Soy ahora invisible lápida de esos días
que se fueron y un árbol en las afueras
de un cielo de reencuentros. Pero
no soy el mar para saber diluirte
en la inquietud verdosa que mece
la esperanza en su salmuera.

Hace falta un corazón en paz
con señas que dejan ir los caminos,
de otro modo no sabría dedicar una palabra
al misterio en donde vela tu alma restañada,
como aroma de limón entre los días.

De lo que quedaba de ti en este mundo
se ha cumplido tal como lo quisiste.
Eso lo sabe el mar, el viento lo sabe
y los ojos que miran el mar en el viento.

En esta hora de lo vivo, de la vida,
quiere el pecho tener olas para decir
su murmullo solo en tu oído navegante.

Desde el otro mar

A Gaetano, il nostro Nonno

¿Podría decirse que el silencio es una voz
o ha sido presentimiento el aroma de la brisa,
esa paz de las horas cuando el rumor
alza un idioma sin fosa de por medio?

Hay en la voz un origen de verdes orillas
y calles algo estrechas en donde la mirada
soñó navegante designio para vivirse más lejos.
Hubiste de estampar el adiós en un acento por dentro
y llevarte por mar el juvenil recuerdo de los tuyos.
Quizás por eso en mis noches perdura un gesto extraño,
como un partir llegando en esa hora cuando ya nada
perturba a los muertos que descansan de sus nombres.

Siendo todavía muchacho, fue tuya la osadía
de querer nuevo paisaje y de buscar una esquina.
Me lo dijeron de ti desde que era pequeño.
Pasaron hace tanto los años tuyos; siguen pasando los míos,
el mar Ligure despierto y tu nombre regresa.
En ti pudo más la bondad que el tiempo exhausto,
porque del sueño y del amor siempre brota milagro.
¿Quién sabría arrancarme tu presencia
del tiempo que no está y del que corre a perderse?

Bienvenido el adiós a los muelles de Génova,
adiós cuando llovieron soledades tristes
y también a la madrugada que albeara tu silencio.
Es hora de acercarme a la partida.
Ya otras orillas esperan el encuentro;
empiezas a escuchar un poco más mi sombra.

IV

“Y la flor en el corazón se abre
de una creyente alegría”

Herman Hesse

Alianzas

A Lilean Bocaz

Paz a los aromos, los álamos y agaves.
Muy pronto habremos de venerar el recuerdo
de su constancia bajo el cielo. Respirando
cerca, el pino, el alerce y las malezas,
deseo ver otra vez el sol besándoles
las ramas, sus pies hundidos, las pieles
enhiestas al viento de todas las horas.
Perdonen que vaya de prisa en mi deseo
de concordia. Mi constancia es pasar;
la de ustedes, renovarse, mantener
la ceremonia de creer, de estar
dispuestos a como venga la vida.

Paz a la solitaria araucaria que trasluce
lejanías de nubes y delgadas sombras.
Paz de festivas voces a las sociables palmas
y al inclinado cerro que sabe elevar
la chasquilla de sus aspas verdes.
Paz a todos, para que los más fugaces
sepan concebir pensamientos con raíces
que se eleven hasta sentir la levedad
tibia de las aves, llevándose el olvido.

Colibrí

A Ligia Uribe

Dos alas veloces
tornasolan
la ansiedad reverente
en homenaje a una flor.

Segundos en el aire
y el cuerpo olvida
que también el alba cae
como estrella apagada
en una rama sin flor.

Sólo un par de alas:
dos veloces flores
que el aire diluyó.

Señales

A Mindy Fuentes

Se miran los árboles y aceptan
sin resquemor reverencias del viento.
Las nubes, sin embargo, cambian
como el amor sujeto a capricho
inoportuno, precisamente el mismo
que podrías vencer si no desertaras.
De pronto lo sabes: te ganan premiosas
ansias de vivir si en un rincón del mundo,
o en todos los lugares del amor,
alguien lleva tu nombre a sus labios
y lo enternece como luz alborozada.

Llenos de pájaros están los árboles.

Con mirada azul hortensia

A Stefanie Butendieck

A esas hortensias intensamente azules
bajo la ventana, no necesito suponerles
la saciedad inútil de los pensamientos.
Soy yo el que abriga reflexiones
sin estar bajo una ventana ni ser azul
como las hortensias que miro esta mañana.
Los pasos que das, aquellos que el camino
sostiene encuentran un fin en la mirada.
Nada en la tierra parecido a los escrúpulos
ni jamás ensaya arrepentirse una flor en un espejo.
El damasco sabe inolvidable como memoria
de amor en un rostro que no cambia.
Tampoco piensa el viento que abraza
a las hortensias ni el color de luz abierta.
Quedamos en que algo piensa en mí;
ellas déjanse mirar, y no sé si estén contentas.

Persistencia

La nada
nada
en
la nada

Sigue creciendo la hortensia

El helecho estará complacido

aunque
nada
diga
la nada
en tantas
voces

En Chiquihue el mar

En Chiquihue juegan las nubes a perder
el rostro de la sombra. Trasladan el cielo
y el mismo sol las tiene de aliadas
como quien se desdice, insinuado
de lo que siempre pudo haber sido
en los labios de una promesa que no fue.

En Chiquihue el mar se deja escribir
estelas en su rizada piel de viento
y de gaviota solitaria, seguro
de volver a ser lejanía en la orilla
y frío abrazo en la cintura de la tierra.
Se deja ir el mar como las nubes
al perder el rostro de la sombra
sin que nada falte a confirmar su belleza.
Nada de mí ni de ti sabe unirnos.
Lejos el mismo sol adentrándose
en la espalda de las nubes que el cielo
se lleva. Toda la tierra está sin ti.

Una vez que has dicho

A José Luis Samaniego

Una vez que has dicho cielo,
el viento aviva una melodía de sonajas
entre pacientes álamos y ciruelos generosos.
Ventolera verde se nombra esta mañana,
trasparente recado en campos de Coihueco.
También es un enigma la sonrisa.

Pasa un cortejo de ángeles
o sólo son augurios de inconsolables
mariposas. Asisten ánimas, las mismas que rezan
a mediodía con rumor de nomeolvides.
Lo dice un mapa de nubes y una voz invisible.
Un dejo sorprendido repite la tosca hierba
mientras pasa la mirada a la rastra del olvido.

Momentos en Penciahue

Entre cerco y casa: desplante del viento.
Tierra y soledad en lentos labriegos.
Las voces esconden amaneceres:
huida de siluetas o vaticinio de lluvia.

Graznarán los treiles y la aldea seguirá
en espera de que alguien pase;
de alguien que regrese.

De camino

A Maximino Fernández

Pacientes amanecen aquellos que partieron
hace mucho, recién no más, aún verde hoja
en el pequeño cementerio de Ciruelos.
Todo parece herido de inmovilidad; ocultas
las transformaciones que apura el polvo.

Y el viento silba adioses en espera de la Vida.

Vienen y van los pasos, los días del recuerdo.
Hay huesos que acogieron a tanta vida
y sobre ellos, altas y ruidosas, trinan las aves
que acompañan al destino: osamentas del pudo ser
ahora telarañas, malezas, recados de mucho olvido.

Y el silencio deshoja nombres en espera de la Vida.

Somos aquí un presente de adiós; lentas preguntas
con los pies en la hierba crecida entre las lozas.
Conoceremos de otros momentos y olvidaremos
los escondidos sueños de Ciruelos bajo el viento,
mientras atardecen aquellos que partieron, esos mismos
que parecían ser tan nuestros como un merecimiento.

Se aquieta más la tierra en espera de la Vida.

Alejándome de Pucón

A Claudia Andrade

Ni el olor de los bosques ni los cerros
de colores ondulantes sabrían caber
en la palabra hermosura. El lago
se explaya tranquilo hacia más allá
y las calles extienden su pacífico
esplendor bajo un desplante de nubes.
Todo es color de formas que desfila.
Una nueva mirada y la palabra
me tiene de regreso a los giros
del camino que anochece. También
acude el vibrátil temor de luces
entumecidas en casas apenadas.
No es posible hacer durar en mí
la olencia verde y el húmedo paisaje.
Pronto será otra vez la lluvia, de nuevo
el sol, los zorzales nacidos para ser
tan naturales como otros crecimientos.
No se inventó la prisa para los bosques.
Inolvidable el vuelo de los queltehues
y el morado sabor de maqui que se aleja.

V

“Y todo esto qué poco dice a los oídos
de quienes sólo esperan complacencias”

J.A.M.

No deserta el ángel

A Carolina Undurraga

Un ángel resguarda aún tu paraíso.
No naciste para ser menos feliz
que la lluvia del año venidero
y en el lugar de siempre el sol acaricia
a la encina que creció mientras llorabas.
Recuerda cuando no querías saber de la brisa;
regalaba aromas el sueño y un motivo en qué pensar,
mientras se mantenía tan lejos la edad
y, animoso, el ángel te cuidaba.

No reniegues de lo que es sombra,
ni del zapato, el paladar, la piel ansiosa;
de la jornada que contigo cuenta
no maldigas. Ahora espera por ti
la nueva encina que ya despunta
y todo vuelve a ser como en la infancia,
ese corazón que supo hablar a Dios
sin remordimiento, cuando el ángel sintiera
complacencia si a la vera de tu paso
nacía, de improviso, el vuelo de una perdiz
y otros nidos brindaban su ternura.

De nada hay que renegar mientras quede
un recuerdo de plumas de perdiz
o empiece a despuntar la erguida encina
y el ángel aguarde por ti otra noche,
cuando hables a Dios y siga creciendo el bosque.

Siempre Tú

A Carlos Aránguiz

Siempre Tú dando que hablar
a quien soy o creo ser. Te pertenece
la Palabra, la garganta del día, incluso
esta voz que se enreda sin llegar lejos.

Nadie me hará creer que lo tuyo
ha sido solo muerte disfrazada,
un pedazo escindido y roto
de las almas que parten.

A todo esto, arrugado de historia
y destartalando memorias,
se sumirá conmigo este nombre
cuando nadie sepa detener mi noche.

Quédate con nosotros

¿Dónde está, muerte, tu victoria?
(Cor 1, 55)

Han entrado con frente enaltecida
al comprobar cómo el sepulcro
vacía sus fantasmas. Seltas
las vendas, la piedra removida.
Aún la pena no soltaba su noche.

De camino ibas Tú, sereno
con túnica sin dilema, ofrecidas
las manos otra vez, millones
de veces, precisamente como ahora,
cuando pones a la muerte en su lugar.

Pensando en aquel día

Para Alberto Carrizo

Solamente quedará por decirse
una fracción de sol a mis raíces
cuando sea cumplida su Voluntad.

Y restará en el pecho un álamo
de la tarde como quien escucha
las confidencias de su Voluntad.

Permanecerá suspensa la vista
en un mirar sin distracción
cuando se haga en mí su Voluntad.

Porque seré despojo de tierra yerta
para quien me crea estero detenido.
Entonces me acogeré a su Voluntad.

Ese a veces

A Carlos Ruiz-Zaldívar, in memoriam

Otros nos miran a veces --y ese a veces son todos
los días de los otros---, pero a Tu ojo llegan los nombres
de este corazón en tierra. Para qué insistir en lo deshecho.
La inútil espera de los momentos se adhiere
a la borra del café. Es ésta la hora posible.
Ayúdame a estar dispuesto con dignidad
de verdadera creatura. ¿Por qué insistir en quedar
lejos de Tus brazos, si es a Tu ojo hacia donde
viaja el corazón llevándote los nombres?

Te ruego

Acepta que contemple esta última tarde
al pie de un ventanal entrometido en la lluvia.

Concédeme asistir al festejo de los aromos
que amarillean el mundo con fragancia verde.

Permite decir en silencio todas las palabras
merecidas bajo la gracia del sol y de la espera.

Déjame asistir al funeral del resquemor;
también la piedra sabe callar su desplante.

Acógeme otro instante en el tiempo de tus ojos
y completa lo que en mí Tú has amado.

Nacerá un alma por dentro

“He aquí que hago nuevas todas las cosas”
(Ap. 21, 5)

¿Qué bien podría traer al hombre
una palabra de sílabas desiertas?
¿Cómo se sostiene un nuevo día
cuando le atormenta la espina de la nada?
Si la sombra prolonga las presencias,
señal es que los escombros regresan
a sus formas. La tímida llanura al atardecer
o la docilidad del hábito son voces,
brotes son, quizás una víspera que ruega.
Pero una cosa es decir cómo crece
el durazno, la estatura de los hijos
o la matriz más fresca de la estrella,
y muy distinto es saber por qué fue
el primer día, su clarear que ahora
es paso, color piel o alma suspirante.

En este momento puedes mirar
en torno y quedar seguro de lo incierto.
La ceniza está en el aire; y el mismo aire
es porción más rala en lo difunto.
Todo dice que, sin Ti, hay poco o nada por hacer.
Las potencias siegan gargantas, y los poros
de la tierra ya están hartos de tinieblas.
¿Cómo será quedar sin tiempo, con una vida
defraudada en un parto que no llega?
Puedes dar al aire muchas explicaciones,
las mismas que no alivian, las mismas
que el vacío engulle o te marchitan. Mírate ahora:
diseminas por el mundo una voz sin eco.
¿Escuchas de alguien alguna razón que consuele
desde todas las ciudades de la muerte?
Sin Ti, lo repiten la hoja y el gesto de la sombra,
hay poco o nada por hacer. ¿Qué dices tú?

Estaba por decir de mi ciudad, del mundo,
de mi empeño, sólo miseria atroz de los espantos.
Despojos la cosecha de injusticia
y el sabor de la mirada alojaba rostros secos.
Alguien faltaba en todo esto. Retenido y amargo
por la ruina, el pez muerto, la calle sin destino;
apenas respirar, mientras pasaba de largo.
Nada prometía cielo en la marcha de la tierra.
¿Fue el ojo el que vio o Alguien se hizo presente?
Lo cierto es que vi cuán posible es el verdear de los desiertos;
Entonces te escuché decir: “A la ciudad le nacerá alma por dentro”;
los otros no son más extraños que tú ni están demás, dijiste;
así es como del hombre y la mujer pueden nacer nidos, pasos, vuelos.

Entonces la historia camina asistida por Ti más allá de las fosas;
y muy pronto el océano besaré las orillas y el aire la sonrisa;
la ciudad debe cuidar sus grillos y la sombra de las aguas;
a partir de ahora echarán a andar contigo los huesos con piel de alma.

No pasa un día sin confirmar que eres el Alfa y el Omega.

Otras bienaventuranzas

Bienaventurado quien aprende a reír y a entristecer,
porque en ambos gestos rinde pruebas de ser hombre.

Bienaventuradas la lluvia de la pena, la paciencia
cuando enseñan cómo abisman los momentos.

Bienaventurado quien despierta a medianoche
y no se deja confundir con memorias ni fantasmas.

Bienaventurados el antes, el después, este momento,
como admirable es también lo que disuelve el olvido.

Bienaventurado el instante que nos recluye solitarios,
para luego respirar la anchura de los días.

Bienaventuradas las lentas manos bondadosas
en el pedrusco, en el cristal y el mármol solo.

Bienaventurada sea la entrevista hermosa
que regala fugazmente una endeble plenitud.

Bienaventurados la sombra, la clave, el rabo del viento;
a su modo tornan familiar la creación entera.

Bienaventurado soy cuando más te echo de menos;
con solo pensarte acude tu amparo de caricia.

Bienaventuradas la sonrisa, la soledad de una escalera
por donde vamos y venimos de la historia más nuestra.

Bienaventurada la mirada con que me regalas
el alborozo de estar contigo en labio de alma.

Bienaventurados los amigos, el vino, la ventisca,
si hacen posible el deseo de mirar hacia adelante.

Bienaventurados el nacer, el camino, los adioses;
brevidades capaces de anunciarnos el Reino.

VI

“Ya nada presentimos
y luego nos quedamos asombrados”

Wladimir Holan

Considerando

A Carlos Riesco, in memoriam

El cielo pasa
y queda
sobre la tierra
que pasa
y en lo mismo seguirá
cuando tú y yo
seamos
antiguos pasos
de nuevas
memorias olvidadas.

Descielos

Y esto que escribo aquí y lo que haré mañana
(en el supuesto de alcanzar ese lejano día),
pertenece a una voz sin retorno.

Y esto que impone un sentir y el después
(en el caso de que siga respirando),
es abrazo desmentido de jamases.

Y esto de serme yo un invento que parte
(si hubiera un muerto vivo soñando)
se debe únicamente al olvido de un ángel.

Asuntos de la edad

A Omar Monroy

A los diez toda una vida por delante
A los veinte es concebible mucho más
A los treinta aún queda bastante de camino
A los cuarenta se cruza el meridiano cero
A los cincuenta se pone calvo el tiempo
A los sesenta encanecen los recuerdos
A los setenta el tiempo mira de reojo
A los ochenta milagro es cada momento
Antes o después, nadie sabe cómo ni cuándo

Locomoción colectiva I

A Ernesto Langer

Es mediodía y el sol no acude
como lo imaginara el deseo.
Invita una canción a considerar
la borrosa ventanilla del micro
como escapatoria de tantas ilusiones.
Sobra el ruido del motor, las premiosas
bocinas en que consiste la ciudad.
Concluye la canción, no la memoria.
Desciendo. También los cantores
de plática aprendida y entonados
sones con que alivian la tristeza.
Se somete el micro a la prevista ruta.
Todos se van, me voy, partimos siempre.

Lento morir

Ese lento morir que me encadena
Este viaje sin fin parece espina
Este sangrar la sombra que declina
Este anticipo de todo en esta pena.

Ese labio de amor con más arena
Ese esperar sin mí en una esquina
Ese dolerme el pecho con angina
Ese vaciar el cielo una condena.

Aquí sufren las horas su degüello
Aquí oigo decir: fulgor no queda
Aquí prosigue el rito del desuello.

Allá será vivir sin esta veda
Allá podrá el amor nacer del día
Allá por fin contigo la alegría.

Dilema

Ahora, en cada esquina, un grifo seco,
Y no termino de soportar estridencias
De sombras, cuando lagrimean semáforos
Con estrés y bocinas enfermas de los nervios.

Sin hacerse notar, este día ha de irse largamente.
Acaba de pasar, y ya es olvido.

Pensar que nada de esto importaba demasiado.
No era otro el dilema:
Ir contigo adelante o escribir este poema.

Gracias por todo

Gracias por el inesperado día cuando apareciste en mi centro
Gracias cada vez que tu presencia trajera convencimiento de vivir
Gracias por el rostro y por tu voz en los que yo viviera el amor
Gracias al recordarme que, por sobre todo, soy hombre vulnerable

Gracias te debe el dolor, el inquieto tiempo y la zozobra de quererte
Gracias al hacerme sentir indecibles júbilos y destierros sin luna
Gracias por ti, por mí, y haber sido nosotros en declinantes jornadas

Gracias al dejar bellamente enternecida la memoria de mis manos
Gracias por los sitios que no son lugares, sino espacios del milagro
Gracias cuando aceptaste un paisaje que regalé a tu sonrisa
Gracias por nuestro amor imperfecto que soñó su propio paraíso

Gracias por las vidas que multiplicaron el amor en el júbilo y la pena
Gracias a los pensamientos que te dirás después, cuando llegue la tarde
Gracias porque algún día descansaré de mí cuando sea el olvido.

Autorretrato de medio siglo

Se me dice mucho más de cuanto sabe retener
la arena de estas palabras.

Lo que una vez fui en la infancia
continuó toda la vida.

Soy indeciso borrador de una página nonata;
tránsfuga de obligaciones y tareas
con tal de olvidar disgustos y fatalidades.

Un desordenado a quien se le va la vida
en armonizar opuestos entusiasmos.

Alguien que distrae sus insomnios imaginando
atrevidas respuestas en situaciones embarazosas,
y al caminar repite poemas a la soledad o se entrega
a emociones pretéritas de melodías en las que pudiere
un alma recibir lo impronunciado.

Hombre de muchas admiraciones y ninguna idolatría.
Soy liviano de estómago si de adulaciones y rastreras
obsecuencias se trata.

Me atengo a la imperfecta persona, no a la estadística.

La cordillera me dispensa brisas no dormidas
y todo celebra más años en mí desde pequeño.

Irremediablemente torpe en publicidad personal;
pero un astuto en disimular, en muchas labores,
la desidia.

De paciencia, muy escaso. Soy un viajero mental.

Entusiasta en el confiar y abanderado del a pesar de todo.

He aprendido que la libertad es primeramente interior
y se gana en cárdenos y riesgosos senderos.

Eludo palabras y dichos de moda como un acto
sagrado de compromiso con mi dignidad.

Pudoroso de involucrar a los demás en algo mío
y un buscador de silencio para congeniarme.

Experto en lo ajeno, aunque endeble compañía;
quizás alguien que no ha aprendido sino a estar solo.

Temeroso del tedio más que del sufrimiento o el olvido;
recelo de felicidades obligatorias
y de juramentos emotivos de circunstancias.

Calidoscopio de memorias, de penas y de ensueños;
reconocido de alegrías y de amistades generosas.

Un hombre que, en la mujer, celebra el convencimiento
más alto de vivir este universo.

Sobre todo, alguien a quien apenas sé nombrar,
porque me cansa.

Cada uno de estos provisionales fragmentos que Dios,
de quien soy Pedro sin santidad,
recogerá un buen día.

Alzheimer

No resta mucho más en la penumbra.
Un tendal de memorias te abandona.
Aún así, lo más duro vendrá luego
para dejarlo todo a medio andar.

Se te esconden los ojos en los bolsillos
y sacas punta a la mirada de un tiempo
que te desconoce entre los suyos.
No resta mucho más. Ya no respiras.

Sólo pido

Para Adriana Valdés

Es ésta una fría tarde invernal.
Recluso voy por una populosa calle
parecida a mi mente. Nací hace
pocos días, pero estoy muy viejo.

La apariencia es desleal conmigo,
por eso estas palabras requieren
de una madrugada saliendo de casa.

Laureles o aromos yo no pido:
tan sólo que alguien sea cierto.

El pensativo

Probablemente estás sentado al atardecer
y observas no sabes bien qué, ni imaginas
hasta cuándo hablarán tus horas señaladas.
¿Cómo sentir sin lastimarse de mundo?
No hace mucho te avenías, sin resquemor,
con la calle, el noticiario y una disculpa.
Cada quien representaba su propósito.

Probablemente, menguan las ocasiones
de alegría, lo mismo que el sentirse a gusto.
¿Qué decir donde nada se dice,
sino de vacíos que fingen fortaleza?

Pero te gustaría ser mano que aprieta
para dejar fuera
la injuria
del adiós.

Deserción

Cuando debió entender, no supo el modo;
hurgó en la habitación y vio su cara
fatigada de pensar: la tarde es rara;
también lo escrito es sangre para el lodo.

Quizás pudo decir: eso era todo;
habré de entregar mi ofrenda en ara
vacía, estéril, como inútil vara,
y los días que se borran con el codo.

Pudo saber de amor en vez de espina,
mas huyó dando tumbos al olvido,
porque hizo del vivir su mala suerte.

Hoy quiere sentir y no hay esquina;
el pulso del amor duerme perdido
y sólo enhebra sonrisas de lo inerte.

Reflejo

Te sientas, al fin, sobre las piedras
Para viajar hasta el fondo de ti.
Rumor de mundo y, además, tú. El paladar
Retiene esa creciente cercanía del adiós.
Tampoco estás seguro de alcanzar
Un largo después, aunque ahora es todavía.

Entonces miras el río
y
ya
vas
lejos.

Te quisiera

Te quisiera conmigo otra vez
para luego echarte de menos
y palpar el cuerpo de la tarde;

te quisiera en todos los modos
del verbo querer mientras te quiero
a quemarropa de vislumbres
y apresurados adioses. ¡Oh tiempo!

¡Sabor que te me escapas!
Te deseo conmigo para olvidar
las palabras con que me silencias.

Indice General

I.

Juntémonos ahora

Dedicatorias

A este poema llega el tiempo

Disyuntivas

Urgencia

Uno solo, solamente

Memoria de campanas

Los otros

Mientras amanece

A expensas nuestras

Oír la voz

Lo ilusorio

Al improbable lector

II.

Sobre Gaza el cielo ensangrentado

Escribe Tú la página

Te esperan

Ahora y en la hora

Racimo de las horas

Después de todo

En cuanto se despeje

Descanse en paz

No debe callarse

III.

Anuncios

Lo que a ti

A la vera de tu silencio

Consiento en tu morir

Recién es todavía

Pasos de cenizas en el mar

Desde el otro mar

IV.

Alianzas

Colibrí

Señales

Con mirada azul hortensia

Persistencia

En Chiquihue el mar

Una vez que has dicho

Momentos en Penciahue

De camino

Alejándome de Pucón

V.

No deserta el ángel

Siempre Tú

Quédate con nosotros

Pensando en aquel día

Ese a veces

Te ruego

Nacerá un alma por dentro

Otras bienaventuranzas

VI.

Considerando

Descielos

Asuntos de la edad

Locomoción colectiva

Lento morir

Dilema

Gracias por todo

Autorretrato de medio siglo

Alzheimer

Sólo pido

El pensativo

Deserción

Reflejo

Te quisiera

Poemarios del autor

1. Nos poblamos de muertos en el tiempo.
(Incluido en el volumen Entre sombras y arco iris)
Santiago de Chile. Editorial Aconcagua, 1976.
2. Alguien hablará por mi silencio.
Santiago de Chile. Ediciones Nueva Línea, 1978.
3. Las horas en el tiempo.
Santiago de Chile. Editorial Nascimento, 1979.
4. En voz alta.
Santiago de Chile. Editorial Nascimento, 1983.
5. Las siete palabras.
Santiago de Chile. Ediciones Aire Libre, 1987.
6. Poemas del amor joven.
Santiago de Chile. Ediciones Logos, 1989.
7. A raíz de estar despierto.
Santiago de Chile. Ediciones Rumbos, 1995.
8. Pedazos enteros.
Santiago de Chile. Ediciones Rumbos, 2000.
9. Le doy mi palabra.
Santiago de Chile. CD. Leitún-Rayentru, 2003.
10. La pequeña eternidad.
Santiago de Chile. Academia Chilena de la Lengua. Separata Boletín n.75. 2004.
11. En el centro de tu nombre.
Santiago de Chile. Ediciones La garza morena, 2004.

Ensayos

1. Pepita Turina o la vida que nos duele.
Santiago de Chile. Editorial Nascimento, 1980.
2. Jorge Luis Borges en su alma enamorada.
Santiago de Chile. Ediciones Aire Libre, 1988.
3. De abismos y salvaciones.
Santiago de Chile. Ediciones Rumbos, 1996.
4. Rosa Cruchaga o el eco de la transparencia.
Santiago de Chile. Ediciones AlAntigua, 2000.
Santiago de Chile. Editorial Forja, 2009.

5. Fernando Durán Villarreal.
Santiago. Cuadernos de la Academia Chilena de la Lengua, 2000.

6. Periodismo Estético
Santiago. Bravo y Allende, 2008.